

EL RINCON DEL DOCAT

2020

Comentado por Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Nº 178

¿NO ATENTA LA COMPETENCIA DEL LIBRE MERCADO CONTRA LA CARIDAD?

Depende del tipo de competencia. Si por competencia se entiende la destrucción sistemática de los competidores, entonces está actuando contra la caridad. Pero, si por el contrario, la competencia intenta superar al adversario con deportividad, entonces se erige como un medio efectivo para alcanzar importantes objetivos de justicia. De esta manera se adaptan mejor los empresarios a las necesidades de los consumidores, se reducen los precios, se utilizan mejor los recursos, se premia la labor empresarial y la labor de innovación, etc. Además, en cualquier parte del mundo, los cristianos han encontrado formas de colaboración que no residen únicamente en la competencia, sino más bien en cooperativas donde se aúnan hermandad y eficiencia.

En relación al término “competencia” se puede caer en dos extremos:

1. Por un lado, entender la competencia como agresividad, en el sentido de ver a los demás como enemigos a batir, por lo que uno tiene que ser el primero y los demás son un obstáculo para conseguir ese fin, y de esa manera entran las envidias, los celos, las codicias. Entendida así la competencia sería destructiva.
2. De otra manera, si uno, basándose en un principio de inspiración socialista-comunista, sostuviese que no tiene que haber ningún tipo de competencia entre los seres humanos (aludiendo a que todos somos iguales y que tenemos que buscar una fórmula de compartir todos los recursos, sin fomentar competitividades), de ahí se derivaría la indolencia y la indiferencia, ya que está claro que una “sana competencia” estimula a desarrollar los talentos que cada uno tenemos. Por ejemplo, si en el terreno deportivo a alguien se le ocurriese organizar una competición donde no hubiera ni vencedores, ni vencidos, caería en un absurdo, y lo que habría que fomentar es que el ganar o perder un partido no fuera vivido desde el amor propio, o desde un sentido de soberbia destructivo. Pero, es

obvio que esa sana competencia, tanto para el que ha ganado, como para el que ha perdido la competición, es estimuladora.

Luego, no hay que tenerle miedo a la palabra competencia. Lo que habrá que hacer es vigilar para que lo que debe ser un estímulo para las personas, no acabe siendo una herramienta de enemistad. La clave está en la **recta concepción de la autoestima**, haciendo ver que la autoestima no se debe fundar en vencer a los demás, sino que se debe basar en un suelo firme más allá de la competitividad, que es el **sabernos amados y queridos incondicionalmente, no porque ganemos o perdamos**.

Eso es clave para que la competitividad sea estimulante y no destructiva. **Cuando no existe el suelo firme de la autoestima incondicional, entonces uno necesita agarrarse a esa competitividad, y es cuando resulta destructiva.**

Los cristianos, dentro de esa “**sana competitividad**”, han ido buscando formas de cooperación, porque la *competitividad* y el *cooperativismo*, no son dos cosas que se opongan, sino que son integrables. Se pueden buscar formas competitivas y cooperativas al mismo tiempo.